

*Pregoneras de
nuestra dignidad*

***“No teman
a los que sólo
pueden matar el
cuerpo, pero no el
alma; teman más***

***bien al que puede echar el alma y el
cuerpo al infierno. ¿Cuánto valen
dos pajaritos? Algunos centavos,
¿no es cierto? Y, sin embargo,
no cae a tierra ni uno solo si el
Padre no lo permite. Entonces no
teman, pues hasta los cabellos de
sus cabezas están contados: con
todo, ustedes valen más que los
pajaritos.” (Mt 10, 28-31)***



*Testigos de la
pujanza
del Reino*

***“El Reino
de los Cielos
es semejante
al grano de***

***mostaza que un hombre
sembró en su campo.
Este grano es muy
pequeño, pero, cuando
crece, es la más grande
de las plantas del huerto
y llega a hacerse arbusto,
de modo que las aves
del cielo se posan en sus
ramas.” (Mt 13, 31-32)***

Libertad y esperanza

Al leer el Evangelio uno termina contemplando novedades. Aun lo de siempre lo vemos como nunca antes. Jesús nos revela un mundo distinto. Y cuando volvemos a mirar nuestra realidad, no la apreciamos de la misma manera.

Da la impresión que Jesús observa mucho a los pájaros. ¿Será que estos seres, que Él mismo ha creado, le traen nostalgia? Ellos son de este mundo, pero ¡con qué libertad se elevan! Son de la tierra y son del cielo. En su condición humana el Hijo de Dios estaba pegado a este suelo, como nosotros ahora: *“Miren las aves del cielo...”*

A lo largo de todos estos siglos los pájaros siguen levantando vuelo por todas partes, aun donde al hombre le cuesta llegar. Para un humano como tantos, un pájaro es un pájaro. Para un cristiano, luego de leer el Evangelio, cada avecita es portadora de un mensaje del Cielo. Es cosa de observarla.

De un lado para otro ella vuela, picotea aquí y allá. Con toda libertad se sirve en la mesa que su Creador le ha servido. Ni se preocupa de acumular: mañana, a la hora del hambre, de nuevo la mesa estará preparada.

A veces decimos de alguien despreocupado que vive como pajarito. Es el mismo Señor quien enseñó a los pajaritos a ser pajaritos, y le hacen caso. A nosotros el mismo Señor nos hace hijos suyos, hijos muy regalones. Si Dios es capaz de alimentar cada pájaro del mundo, ¿no tendrá capacidad y cariño suficiente como para llenar el plato de sus hijos? Está bien que no seamos “pajaritos”, pero el pequeño que desconfía de su padre lo ofende y lo entristece. Mal hijo de un buen padre. Las aves del cielo no entenderán nada de nuestros afanes por el día de mañana y por el futuro. Y una cosa es segura: ellas no tienen ganas de imitarnos. En cambio Jesús nos invita a nosotros a imitarlas en su confiado abandono.

Algo más nos dice el Señor en relación con sus pajaritos. Siempre la criatura humana tendrá la preferencia de Dios ante todas las aves del mundo: *“Ustedes valen más que los pajaritos”*. Pase lo que pase, que nos portemos mal o bien, que nos olvidemos de Él o que lo amemos, Él siempre se acordará de nosotros y sabrá reconocer la dignidad de sus hijos, aun si nosotros llegáramos a olvidarla.

Si te tocara vivir la humillación más abrumadora, justa o inmerecida, observa bien a las aves del cielo: ellas te recordarán tu irrenunciable preeminencia y la nobleza de tu linaje divino.

La creación del mundo aún está en marcha. Bajo nuestra mirada Dios prosigue con su faena fecunda. Dios no sólo mantiene su creación: la renueva, la perfecciona. Acaso ¿no es éste el lugar donde Él tiene a sus hijos mientras van caminando hacia su Casa? Observa bien: esto debía ser nuestro paraíso terrenal.

La falla no está en el jardín: está en los que pasan por el jardín. Ahí donde el hombre

interviene con su desorden y con su pecado, aparecen las destrucciones, la contaminación, el abuso. Dios no hace basura.

***Uno es verdaderamente fuerte
cuando puede sostener en su mano
una avecita libre.
Así nos tiene Dios.***

En su paso en medio de nosotros, Jesús nos ha obligado a mirar y admirar este mundo del que somos parte. Éste es el taller, la escuela donde se adiestran los vencedores, los santos. Una realidad apenas perceptible, una semilla, produce una planta que las aves reconocen. ¿Cómo nosotros no nos maravillamos mirando el mismo fenómeno? Una semilla, un arbusto, un pajarito, tú y yo, Dios. En esta contemplación Jesús nos reveló los misterios de su Reino.

Un pajarito en su jaula dejó de ser “ave del cielo”. Nació para los espacios abiertos y la plena libertad. A cambio de una protección segura contra el gato y una comida servida, un ave del cielo se hizo

ave cautiva. Dotada para volar entre los rayos del sol y adornar la creación, se hizo deleite de unos pocos. Una joya de la creación terminó siendo mascota escondida.

Dios creó las aves: no las jaulas. Cuando Dios nos creó, nos regaló la libertad. Es triste comprobar que un joven con magníficas "alas", frente a anchos espacios por conquistar, se enjaule voluntariamente. Uno

pierde su libertad cuando renuncia a volar hacia nuevos desafíos; cuando afectos posesivos le paralizan las alas; cuando el hilo de algún vicio le sujeta de una patita; cuando se acomoda a vivir entre las aves de corral; cuando le fascina comer en la mano de alguien; cuando conquistado renuncia a sus propias conquistas.

Ave del cielo, si has nacido para águila ¿qué haces entre pollos y gansos?



Para orar

Salmo 103 (102)

*Alma mía, bendice al Señor,
alaba de corazón su santo Nombre.
Sí, alma mía, bendice al Señor
y no olvides tantos beneficios de su mano.
Él perdona tus pecados y sana tus dolencias.*

*Él te salva de la tumba
y te llena de bondad y gracia.
El te colma de bienes en la vida,
y como el águila renueva tu juventud.
Como un padre se compadece de sus hijos,
así el Señor se apiada de los que lo temen.
Él sabe de qué barro fuimos hechos,
Él recuerda que somos polvo.
La vida del hombre dura lo que la hierba,
florece como la flor silvestre,
que sopla el viento sobre ella y ya no existe.
En cambio permanece la misericordia del Señor,
dispone su salvación para los hijos de tus hijos,
para los que son fieles a su alianza,
recuerdan sus mandatos y los cumplen.
El Señor tiene su trono en el cielo
y de lo alto gobierna el universo.
Que todas las criaturas bendigan al Señor
en todos los lugares de su dominio.
Alma mía, ¡bendice al Señor!*



Otra lectura

Sal 104 (103)

*“Todas las criaturas esperan de ti
que les des a su tiempo el alimento.”*

13

El gallo **profeta**

(Mt 26, 33-35, 69-75)

Pedro empezó a decir a Jesús: "Aunque todos tropiecen y caigan, yo nunca vacilaré." Jesús le replicó: "Yo te aseguro que esta misma noche, antes del canto de los gallos, me habrás negado tres veces." Pedro le dijo: "Aunque tenga que morir, no renegaré de ti".

Mientras tanto (durante el juicio de Jesús), Pedro estaba sentado afuera, en el patio, y acercándose una muchachita de la casa le dijo: "Tú también seguías a Jesús de Galilea." Pero él lo negó delante de todos, diciendo: "No entiendo lo que dices."

Y como Pedro se dirigiera hacia la salida, lo vio otra sirvienta, que dijo a los presentes: "Este estaba con Jesús de Nazaret." Pedro negó por segunda vez, jurando: "No conozco a ese hombre."

Poco después se le acercaron los que estaban ahí y le dijeron: "No puedes negar que eres uno de los galileos: se nota en tu modo de hablar." Entonces Pedro se puso a maldecir y a jurar que no conocía a ese hombre. Y al momento cantó el gallo.

Y recordó Pedro las palabras que Jesús le había dicho: "Antes del canto del gallo me negarás tres veces." Y saliendo afuera lloró amargamente.



Fidelidad y fragilidad

Un inocente gallo.
Un gallo muy
cumplidor. Un
gallo que canta
como gallo y a
la hora en que
cantan los gallos.

Sin saberlo,
siguiendo su
rutina, aquel gallo
se hizo prisionero

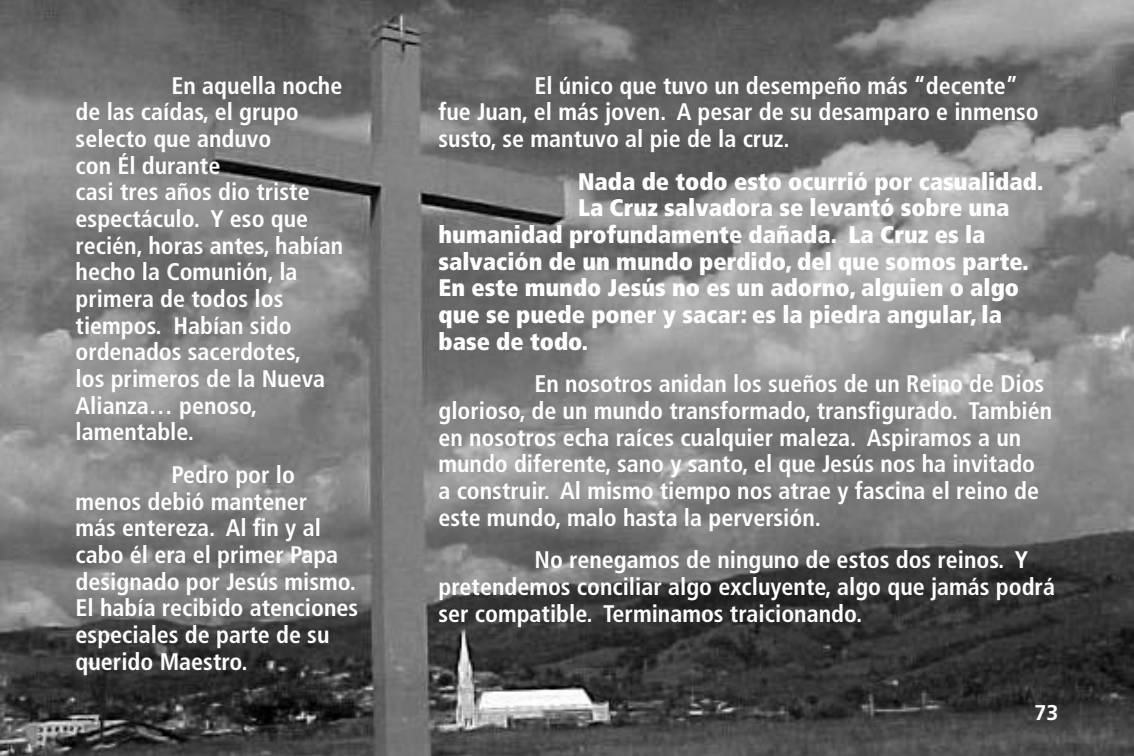
de una traición, de una triste infidelidad, de una infidelidad anunciada. *Esta misma noche, antes de que salga el sol, me habrás negado tres veces. Pedro, el gallo te lo recordará.*

En realidad, aquella noche y aquel día reunieron todas las caídas feas. Pocos se mantuvieron en pie.

Días antes una muchedumbre se había alborotado proclamando a Jesús como el Enviado de Dios. En su compañía miles de personas habían comido pan milagroso. Un número incontable de enfermos gozaba de una salud también milagrosa. Muchos habían creído en Él. Habían creído... Ahora ninguno se adelantó para dar un testimonio a favor suyo. Todo esto es comprensible. La masa es propensa a ser manipulada. Los silencios también traicionan. A veces un silencio es negación.

Lo que no se entiende tan fácilmente es la caída de los cercanos, de los íntimos. La traición del amigo es cruel. *“Ya no los llamo servidores. Les digo: amigos”*, les había declarado el Señor unas horas antes (Jn 15,15).

Jesús no es iluso. Sabe Él quiénes son y cómo son sus elegidos. Los ama a pesar de todo. El Maestro no los eligió porque eran estupendos: ellos llegarán a ser formidables por el amor de su Señor. Ese amor es creador, recreador, transfigurador.



En aquella noche de las caídas, el grupo selecto que anduvo con Él durante casi tres años dio triste espectáculo. Y eso que recién, horas antes, habían hecho la Comunión, la primera de todos los tiempos. Habían sido ordenados sacerdotes, los primeros de la Nueva Alianza... penoso, lamentable.

Pedro por lo menos debió mantener más entereza. Al fin y al cabo él era el primer Papa designado por Jesús mismo. El había recibido atenciones especiales de parte de su querido Maestro.

El único que tuvo un desempeño más "decente" fue Juan, el más joven. A pesar de su desamparo e inmenso susto, se mantuvo al pie de la cruz.

Nada de todo esto ocurrió por casualidad. La Cruz salvadora se levantó sobre una humanidad profundamente dañada. La Cruz es la salvación de un mundo perdido, del que somos parte. En este mundo Jesús no es un adorno, alguien o algo que se puede poner y sacar: es la piedra angular, la base de todo.

En nosotros anidan los sueños de un Reino de Dios glorioso, de un mundo transformado, transfigurado. También en nosotros echa raíces cualquier maleza. Aspiramos a un mundo diferente, sano y santo, el que Jesús nos ha invitado a construir. Al mismo tiempo nos atrae y fascina el reino de este mundo, malo hasta la perversión.

No renegamos de ninguno de estos dos reinos. Y pretendemos conciliar algo excluyente, algo que jamás podrá ser compatible. Terminamos traicionando.

Tenemos horarios para Dios y tiempo para lo otro; tenemos dedicación para Dios y participación en lo otro; mantenemos compromisos para Dios y trabajamos para el otro; alabamos a Dios y justificamos lo otro. Traicionamos.

El mundo actual, como siempre, propone un modelo de vida, un estilo de vida "juvenil". Y Dios sabe cuántas cosas buenas vienen en la oferta. Y cuántas cosas menos buenas también.

***La traición tiene muchas formas:
una palabra, una mirada,
un silencio, un beso, una ausencia...
El traidor es uno...***

Cada cual elabora su proyecto de vida en este mundo tal como es. Pero es preciso demarcar las fronteras u horizontes del Reino y del otro. Los Apóstoles estaban muy de acuerdo con el reinado de Jesús. Pero no lo entendían como su Maestro. No lo querían entender. Ansiaban aprovechar a Jesús, tremendo líder, para llevar a cabo un fabuloso plan

político en el que todo cabía, incluyendo a Dios y a ellos, por supuesto.

Lo mismo nos pasa cuando invertimos todas nuestras energías en carreras, en proyectos familiares, profesionales, pastorales. Y para ello contamos con Dios, se entiende. Con Él todo tiene que resultar. No somos reacios a proclamar al Señor de nuestra vida y le dedicamos parte de nuestro tiempo. En Él tenemos al mejor patrocinador de nuestro futuro, hasta que...

Cuando Dios da señas de que Él no está en nuestros planes, cuando vemos que Dios no nos "cumple", estar con Él trae somnolencia. Como a los apóstoles en aquella noche de sueño, acompañarlo nos complica la vida, trabajar por Él es demasiado riesgoso. Esto les pasó a ellos aquella noche. Noche de sueño, de susto, de abandono, de traición, de reniego.

Si a alguien lo llamamos "el Señor", no podemos darle órdenes: a un Maestro se le sigue, al amigo se le es fiel. Si pretendes proceder de otra manera, bien pronto escucharás cantar el gallo.

Para orar

Salmo 24 (23)

*Del Señor es la tierra y lo que contiene,
el universo y los que en él habitan.
¿Quién subirá hasta el monte del Señor?
¿Quién entrará en su recinto santo?
El que tiene manos inocentes
y puro corazón,
el que no pone su alma
en cosas vanas
ni jura con engaños.
La bendición divina él logrará,
la justicia de Dios, su salvador.
Aquí vienen los que lo buscan,
para ver Tu rostro, Dios nuestro.
Oh puertas, levanten sus dinteles,
que se agranden las puertas eternas*

*para que pase
el rey de la gloria.
¿Quién podrá
ser el rey
de la gloria?
El Señor, Dios
de los Ejércitos,
es el único Rey
de la gloria.*



Otras lecturas

Jeremías 10, 1-15

"No hay como Tú, Señor..."

Proverbios 1, 8-19

"Entra a nuestro grupo..."

Como la **gallina**

(Mt 23, 37-39)

***(Dijo Jesús:) “¡Jerusalén, Jerusalén!
Tú matas a los profetas
y apedreas a los que Dios te envía.
¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos,
como la gallina recoge a sus pollitos bajo las alas,
y tú no lo has querido! Por eso se quedarán ustedes
con su casa vacía. Porque ya no me volverán a ver
hasta el tiempo en que digan: ¡Bendito sea el que
viene en Nombre del Señor!”***

Temeridad y obcecación

Nadie se siente halagado, si lo tratan de gallina. Esta ave tan conocida no se caracteriza precisamente por su valentía. La encontramos alrededor de cualquier casa campesina cacareando sin ton ni son. Quizás su larga cercanía con los humanos y su dependencia de ellos le hicieron perder cierta sabiduría y viveza propias de los animales salvajes. Sin embargo ¿quién no aprecia sus huevos, su carne, sus plumas?

Y resulta que Jesús se comparó con la gallina, con la gallina clueca. Esta sola mención por parte del Señor sería suficiente como para que las gallinas cacarearan sin parar hasta el fin del mundo.

Observa la gallina con sus polluelos. Mientras se desplaza con su familia ella no

deja de emitir su cloqueo. Con su voz maneja todo. ¿Hace frío? ¿Hay susto? La familia dócil se refugia bajo las alas de la gallina madre. Todos caben. Las alas forman un escudo protector, un techo, un aislante. Los polluelos sienten ahora el latido del corazón maternal.

¡Cuántas veces quise juntarlos, como la gallina, y no han querido! Esto es un lamento de Dios. Y no se trata de un juego. Desde que el hombre se puso pecador, o sea desde el amanecer del mundo, Dios se proclamó Salvador. La humanidad está tan mal que ni siquiera se da cuenta de la gravedad de su situación.

¡Cuántas veces...! Desde el mismo Moisés, más de un milenio antes de Jesús, Dios mandó a su pueblo un número impresionante de



profetas. Esos hombres de Dios, portavoces de Dios, han recordado al pueblo elegido sus compromisos, le han reprochado sus infidelidades, lo han invitado a la conversión, lo han alentado y consolado en las horas críticas, han avivado su esperanza en las grandes pruebas.

¡Cuántas veces...! El pueblo de Dios, visitado ahora por el mismísimo Dios, no ha hecho caso. Jesús sabe que esto es un drama para su pueblo. Jesús sabe que Él es la última palabra, el último llamado. Siempre hay una última vez, una última oportunidad. Después viene la ruina, la catástrofe.

La historia del pueblo elegido es la figura de nuestra propia historia personal, como también lo es de la humanidad entera. Nuestro recorrido como persona es también una seguidilla de entusiasmos, de desviaciones, de frenadas, de reinicios, de vueltas en redondo, de impulsos y retrocesos. ¿Quién dirá que no?

Volvamos a nuestra gallina. Esos polluelos tan frágiles y tan díscolos somos nosotros. El pollito agrandado que se las sabe todas ya no presta atención

al cloqueo maternal. Se aleja, hace sus propias exploraciones, vive sus pequeñas experiencias. Hay un mundo por descubrir, una vida que hay que vivir. Uno ya ha salido del cascarón.

Los pollitos tienen patas antes de tener sus alas. Por no aprender a "caminar", muchos nunca llegarán a volar.

Entre las malezas que han crecido mucho más que él mismo, el pollito se siente desamparado: ya no se escucha la voz de la gallina madre. Y cuando él mismo se ponga a gritar su desesperación, sólo despertará la atención de los que buscan pollitos perdidos y asustados.

Los pollos despistados circulan por las calles de nuestras ciudades; tratan de darse pinta de terribles, para impresionar, sin olvidar ellos mismos su tremenda vulnerabilidad. La gallina, por cierto, no es una fuerza a toda prueba. Pero sabe tratar a los pollos.

En este mundo nunca estarás solo. O te insertas en una comunidad que te permita crecer conforme a tu propia vocación como persona, o te juntas con aquellos que no saben lo que son, ni menos lo que serán.

Tu individualidad como ser humano, o sea tu personalidad, la puedes descubrir y desarrollar en un ambiente de gente con personalidad propia, es decir, personas distintas unas de otras. Juntarse sólo con los iguales quiere decir buscar la repetición de tu imagen, buscar lo que te deje conforme contigo mismo, buscar lo que no te cuestiona ni desafía.

Cuando Jesús evocó la imagen de la gallina, nos invitó a reconocer nuestra propia fragilidad, nuestra necesidad de ser salvados. Y se propuso a sí mismo como quien es capaz de defendernos. Bajo tales alas protectoras ¿llegaríamos a sentir el latido de un corazón tan sensible?

Observa a las gallinas con sus polluelos: nunca verás a ninguna meter a uno a la fuerza bajo sus alas. La gallina es refugio protector, no celda de reclusión. Jesús invita, acoge, no reprime.

Él apostó por ti: puedes llegar a ser un gran "gallo".



Para orar

Salmo 84 (83)

*¡Qué amable es tu morada,
oh Señor de los cielos!
Mi alma suspira y sufre
por estar en tu morada;
mi corazón y mi carne lanzan gritos
con anhelo de ver al Dios viviente.
Aun el pajarillo encuentra casa,
y la alondra un nido para sus polluelos.
Felices los que habitan en tu casa
y te alaban sin cesar.
Dichosos los que
en ti encuentran fuerzas
y les gusta subir hasta tu templo.*

*Vale por mil un día en tus moradas:
por eso yo prefiero
el umbral de la casa de mi Dios
antes que la morada del impío.
Dios es nuestra defensa y fortaleza,
él da perdón y gloria.
Dios no les privará de ser felices
a todos los que marchan
rectamente.
Señor, Dios de los cielos,
¡feliz el que en ti pone su
confianza!*

Otra lectura

Isaías 53, 1-12

"No hemos hecho caso de él".



Ovejas y **cabritos** (Mt 25, 31-33)

15

Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria rodeado de todos sus ángeles, se sentará en su trono como Rey glorioso. Todas las naciones serán llevadas a su presencia, y como el pastor separa las ovejas de los cabritos, así también lo hará Él. Separará unos de otros, poniendo las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda.

Justicia y sensatez

Toda la humanidad está en marcha, en carrera, en lucha desde sus inicios hasta el fin. Algo grandioso se está preparando para el final. En toda su historia la raza humana no ha conocido nada parecido a lo que viene.

Todos estaremos ahí: los que anhelamos y suspiramos *“Maranatha, ven, Señor Jesús”* (Apoc 22, 20). Ese día, el último, será el día de nuestra liberación (Lc 21, 28).

Tiene que haber un día de triunfo, de coronas y medallas para todos los que han deseado y suplicado al Padre *“venga a nosotros tu Reino”* (Mt 6, 9); para todos los que, como buen trigo, han soportado la promiscuidad con la maleza (Mt 13, 24-30); para todos los que han soñado con la mansión prometida en la casa del Padre (Jn 14, 2-3); para todos aquellos que siguiendo las huellas del Maestro llegarán a su puerta (Mt 16, 24-27); para todos los que hayan

soportado la persecución por la justicia (Mt 5, 10); para todos aquellos que renegaron de su pecado; para todos aquellos cuya vida ha sido una amorosa búsqueda del Señor.

Con Él todos ellos se encontrarán en aquel esplendoroso y esperado momento. El Señor negado, renegado, burlado, ultrajado, olvidado, *“vendrá en las nubes del cielo, con el poder divino y la plenitud de la gloria”* (Mt. 24, 30). Aquel día quien no gane lo habrá perdido todo.

Desde los inicios de la humanidad, en esta tierra se levanta la alabanza y transcurre la vida justa de los justos. También de este mundo se alza la mentira, el aprovechamiento del débil, el odio, las pasiones desenfrenadas, el orgullo arrogante. En el evento final de nuestra historia, nadie presenta credencial: la entrada es liberada y obligada a la vez. Ya no sirven los disfraces y las máscaras. Como el pastor que ordena su rebaño y separa las ovejas de los cabritos, así hará el Juez.

En su alegoría Jesús pone a las ovejas como las buenas y a los cabritos como a los malos. Hubiera podido ser al revés. Es sólo una comparación.

De este lado ellos, y ¿aquéllos? del otro lado. Ya se terminaron las confusiones, la infiltración, las apariencias. Ya no sirve que el cabrito esconda los cuernos y emita balidos de ovejita.

***Mi libertad... Dios me la prestó.
Se la devolveré personalmente
aquel día.***

En aquel imponente tribunal habrá sorpresas para todos. Todos tendrán que mirar su propia verdad bajo una potente luz, que ya no pueden esquivar. Todos tendrán que mirar de nuevo su juventud. Pues todos los santos y los otros han sido niños y jóvenes.

Lo que viene es una hora de gloria, la hora de la verdad, la hora de la liberación. ***"Levanten la cabeza"***, dice Jesús a los suyos (Lc 21, 28). Se terminarán las persecuciones, la prepotencia y los abusos. Es el tiempo de la cosecha: se separa definitivamente el trigo de la maleza. Los

heroes anónimos serán proclamados y aclamados. Los que hubieran perdido su vida por la causa del reino, la recuperarán en todo su esplendor. Jesús, el Rey, el amigo, reconocerá ante el universo a los que le reconocieron en este mundo de tanta confusión.

Si los jóvenes se identifican tan espontáneamente con las causas justas, ésta es desde ya la más justa de las causas, la que merece el empeño de toda una vida.

Estar entre las ovejas o entre los cabritos no es un "cara o sello". Uno mismo se pone en la fila desde hoy. Es una opción personal que se toma en esta vida. Y el Señor la respetará por toda la eternidad.





Otra lectura

Juan 10, 1-16

"Mis ovejas conocen mi voz y yo las conozco a ellas".

Para orar

Salmo 82 (81)

*Dios preside el divino tribunal
para juzgar en medio de los dioses:
"¿Hasta cuándo serán jueces injustos,
que sólo favorecen al impío?"
Denle el favor al huérfano y al débil,
hagan justicia al pobre y al que sufre,
libren al indigente y al humilde,
sálvenlos de las manos del impío".
Sin saber ni entender, andan a oscuras,
el piso de la tierra se conmueve.
Todos ustedes son dioses, les dije,
y son también hijos del Excelso,
pero como los hombres morirán,
príncipes caerán como un cualquiera.
Oh Dios, ponte de pie, juzga la tierra,
pues a ti pertenecen las naciones.*



La señal de

los buitres

16

(Mt 24, 27-28)

Dijo Jesús a sus discípulos: "Cuando venga el Hijo del Hombre, será como relámpago que parte del oriente y brilla hasta el poniente, o según dice el proverbio: Donde hay un cadáver, ahí se juntan los buitres."

Prudencia y sagacidad

Con sus ojos humanos, tan humanos como los nuestros, Jesús admira la naturaleza que, como Dios, Él mismo creó. Y nos invita a cada paso a descubrirla.

Hoy nos habla del buitre. Éste no es precisamente un lindo pajarito. Tiene buen porte e impresiona en toda su fisonomía. Es un especialista en limpieza y, cuando ronda, hay muerte cerca.

Esta ave busca y reclama para sí todo lo que otros, comenzando por nosotros mismos, consideran como repugnante. Aquel animal muerto, que nos obliga a dar un rodeo, es su presa predilecta.

Desde lejos lo detecta y en bandada se dejará caer en el festín. Donde hay cadáver, aparecen los buitres.

Resulta algo extraño que Jesús use esta comparación. Es como un refrán para indicar lo inevitable, lo ineludible, lo obvio. Cuando toquen las trompetas para convocar a la humanidad al juicio final, ¿hacia dónde tendremos que ir? Pues no habrá como equivocarse. Éste era el tema de conversación con sus discípulos.

Si en el trajín de esta vida nuestra mente y nuestro corazón están pendientes de Jesús, con Él nos encontraremos. Si ahora lo estamos siguiendo, no perderemos sus huellas. Si el Señor es nuestro Maestro al que consultamos en todo momento, no estaremos lejos de Él. Si Jesús desde ya es nuestra Verdad, no comenzaremos a vagar y a confundirnos en ese entonces. Si Él es nuestro polo de atracción, llegaremos a Jesús como el hierro se pega al imán.

El drama será de aquellos que hoy no reconocen a Jesús como a su Señor, que no creen en Él, que no lo toman en cuenta en la conducción de su vida, que lo ofenden sin arrepentimiento, que no respetan su Ley. Todos ellos no desearán


encontrar su mirada. Pues se habrá acabado el tiempo del perdón. El reloj de nuestro tiempo se habrá detenido para siempre.

Los que aman a Jesús no tendrán que buscarlo; los que no lo aman no podrán evitarlo.

La referencia de Jesús a los buitres no está exenta de doble intencionalidad. Cuando nosotros miramos a una tierna vaquilla, casi naturalmente pensamos en una parrillada. ¿Cómo nos mirarán los buitres a nosotros? Debemos asociar el fin del mundo, gran trance cósmico, con un paso muy personal: un final y un inicio, una muerte y una resurrección.

Ésa sí que es una experiencia: más que cambio de lugar, de ocupación, de vestido, de condición. Es el cambio a secas. Entramos en esta vida sin conciencia de lo que nos depara la existencia. Pasamos a la otra vida con un pasado vivido y una esperanza.





Tanto el pasado como la esperanza dan cuenta para cada uno de lo que viene. En otras palabras, entramos en la otra vida con antecedentes.

No existe para nosotros otra apuesta de mayor cuantía ni de mayor consecuencia.

Estamos a la espera de algo o de alguien: espera, esperanza. Lo esperamos, pero no deseamos que venga. Nos gastamos toda una vida para ubicarnos en el tiempo. Tratamos de manipular el tiempo. Queremos detener el sol al mediodía. Y cuando no nos resulta, o sea siempre, nos invade una rara sensación de haber perdido el tiempo. Y no hemos perdido el tiempo: el tiempo avanza. Nosotros sí nos hemos perdido en el tiempo.

Si nos confundimos tanto en la experiencia vivencial de nuestro paso por el tiempo, ¿con qué seguridad nos aproximamos a la misteriosa eternidad?

Para comprender mejor el final, volvamos al inicio. En el paraíso terrenal, en nuestra etapa buena, no teníamos que buscar a Dios. Él mismo venía a compartir familiarmente con su criatura nueva (Gén 3, 9).

Con la desobediencia consumada comenzamos a rehuir esta presencia divina y a escondernos. Desde aquel momento el mismo Dios nos busca y nos llama (Gén 3, 9). Nuestra mala conciencia nos aparta de la mirada de Dios: nos perdemos entre los matorrales de un paraíso perdido.

Así vivimos esta larga etapa de pecadores avergonzados que buscan a Dios, pero se esconden de Él. Ni la intervención de Jesús con su cariño, con su parábola del Hijo Pródigo, con su muerte y su perdón; ni el regalo de su Madre, han logrado devolvernos la confianza plena. Nos cuesta comprender a un Dios tan bueno frente a una criatura tan infiel.

***Un ave no cree en el aire,
un pez no cree en el agua.
El agua y el aire igual viven,
porque no dependen de ellos.
Tampoco Dios depende del hombre.***

Además nuestro pecado original se hizo pecado actual y multiplicado. Hoy ningún pecado es "original". Es más bien repetición absurda, hasta perder la vergüenza.

Habrà un momento, el último, cuando Dios deje de buscarnos. La caravana humana tendrá entonces un solo norte, el que nunca debería haber perdido.

El pez no buscará al océano que lo envuelve. De la misma manera el hombre se encontrará con Aquel que siempre lo sostuvo.

¿Dónde estarás, Señor, a la hora de las trompetas? La pregunta pertinente es más bien: ¿Dónde estaré yo, en qué estaré yo? Si hoy no sé dónde estoy parado, aún es tiempo de buscar el punto de encuentro. Y nunca perderlo de vista.

¡Cómo voy a ser menos despabilado que un buitre!



Para orar

Salmo 121 (120)

*Dirijo la mirada hacia los cerros
en busca de socorro.*

*Mi socorro me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.*

*No deja que tu pie dé un paso en falso,
no duerme tu guardián;*

*jamás lo rinde el sueño o cabecea
el guardián de Israel.*

*El Señor te custodia y te da sombra,
está siempre a tu diestra:*

*durante el día, el sol no te maltratará
ni la luna de noche.*

*Te preserva el Señor de cualquier mal
y protege tu vida;*

*Él te cuida al salir y al regresar
ahora y para siempre.*



Otra lectura

Job, 28, 1-28

"El temor del Señor es la sabiduría."

El buen pastor (Jn 10, 1-15)

17

Dice Jesús: "En verdad les digo: quien no entra por la puerta al corral de las ovejas, sino por cualquier otra parte, es un ladrón y un salteador. Pero el pastor de las ovejas entra por la puerta. El cuidador le abre, y las ovejas escuchan su voz. Llama por su nombre a cada una de sus ovejas y las saca fuera del corral. Cuando ha sacado a todas las que son suyas, va caminando al frente de ellas, y lo siguen porque conocen su voz. A otro no lo seguirán, más bien huirán de él porque desconocen la voz del extraño... En verdad les digo: yo soy el pastor de las ovejas. Todos los que se presentaron son ladrones y malhechores; pero las ovejas no les hicieron caso. Yo soy la puerta: el que entra por mí está a salvo. Circula libremente y encuentra alimento.

El ladrón entra solamente a robar, a matar y a destruir. Yo, en cambio, vine para que tengan vida y sean colmados.

Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. El asalariado las agarra y las dispersa, porque sólo es un asalariado y no le importan las ovejas.

Yo soy el Buen Pastor. Así como mi Padre me conoce a mí y yo conozco a mi Padre, así también yo conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí. Yo doy mi vida por mis ovejas”



Fidelidad y seguridad

No nos debe extrañar si Dios mismo al hablarnos utiliza tantas comparaciones materiales. Aun nuestras ideas más espirituales parten siempre de alguna imagen captada por nuestros sentidos.

Así somos, así conocemos, así aprendemos. El Maestro Jesús nos transmite sus grandes verdades partiendo de elementos materiales de nuestras propias experiencias.

La imagen del pastor en medio de su rebaño es una "postal" de nuestra tierra. Los profetas del Antiguo Testamento ya habían elaborado esa estampa para anunciar la intervención de Dios en medio de su pueblo. A la manera de un pastor.

Al proclamarse "el Buen Pastor", Jesús asume su rol de Mesías y se presenta como Dios-Pastor en medio de su pueblo-rebaño.

Por razones culturales, tal vez no nos guste ser confundidos con animales de rebaño. Miremos bien: aquí el personaje central es el Señor en medio de "su rebaño", el Señor guiándolo, el Señor presencia benévola para cada uno de nosotros. Podemos pues seguir a este Buen Pastor: nunca se nos pegará el olor a lana.

La imagen puede ser muy tierna. Y lo es. El Señor la eligió. Jamás Él se propuso como domador de caballos o adiestrador de animales de circo o encantador de serpientes. Sí, pastor de ovejas. Jesús no intimida: Él da confianza.

Jamás el cordero tendrá seguridad sin su pastor. Y un pastor sin rebaño no es pastor. Entre Jesús y nosotros -cada uno de nosotros- se establece una relación de toda la vida. Él conoce el nombre de cada uno. Nunca una persona alcanza tal nivel de perfección que pueda prescindir del Maestro Jesús en su escalada a los Cielos. *"Sin mí ustedes nada pueden hacer"* (Jn 15, 5).

Jesús quiere ser nuestro pastor. Dejemos que lo sea. Con un buen pastor como Él, da gusto ser buen cordero.

El Maestro recalca mucho la importancia de su voz. Él es la Palabra de Dios, no una palabra más. Vivimos en un mundo de voces: entre tanta palabrería, ¡cuánta mentira y cuánta vanidad! Hemos reemplazado el silencio por el ruido, la reflexión por la expresión, la interioridad por la ostentación, la contemplación por la disipación. Nuestra sociedad se parece a una bolsa de comercio, en la que cada cual vocifera su oferta. ¿Dónde está la Palabra viva, veraz, segura, diferente?

En tanta confusión resulta imposible prestar atención a todos. Tú no puedes escuchar a más de uno a la vez. Entre tanta charlatanería debes discernir claramente la voz inconfundible de tu Pastor Bueno.

Tú esto lo sabes bien. Todo el mundo parece tener algo que proponer a los jóvenes; algo que gusta, por supuesto. Elige: figuración, éxito barato, dinero fácil, placer sin límites; en fin, todo lo que puede atraer a personas sin consistencia, sin personalidad.

La falta de respeto a los jóvenes rebasa toda medida. La mayor grosería que podemos hacer a la generación joven es suponer que sea incapaz de grandeza, de nobleza, de heroísmo.

***Dar vida es compartir;
dar la vida es darlo todo.
Ambas son cosas de Dios.***

Es bueno saber que el Pastor nos conoce y se juega la propia vida por cada uno de nosotros.

El pastor falso, el aprovechador, saca su beneficio personal del rebaño desprevenido: se aprovecha del rebaño. Mientras muchas personas



se dedican a orientar y a acompañar a enormes comunidades de jóvenes, otros individuos explotan sus naturales debilidades y los sacrifican. Jesús habla de *"ladrones y salteadores"*.

En su alegoría del rebaño, el Señor nos dice también otra verdad. Para atender nuestras necesidades Jesús no abre un consultorio. ¿Te imaginas un

letrado como "Jesús, Sicólogo" o "Jesús, Orientador", con horario de atención? Jesús nos puede hablar en la intimidad, y lo hace. Pero Él nos quiere ver también juntos en una comunidad fraterna y amistosa. Él se pone en medio. Tú eres cristiano. ¿Tu comunidad es cristiana? Una comunidad cristiana sin Cristo es algo contradictorio. Un grupo de jóvenes que se reúne en Nombre de Jesús, en torno a Jesús, es en sí una presencia de Jesús. El rebaño llama al Pastor. *"Donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, ahí estoy yo en medio de ellos"* (Mt 18, 20).

Este compromiso de Jesús no ha sido igualado por nadie en este mundo. De modo que es imposible que un *"rebaño cristiano"* esté abandonado.

Para orar

Salmo 23 (22)



*El Señor
es mi pastor:
nada me falta;
en verdes pastos
él me hace reposar
y a donde brota
agua fresca
me conduce.*

*Fortalece mi alma,
por el camino del bueno me dirige
por amor de su Nombre.*

*Aunque pase por
oscuras quebradas,
no temo ningún mal,
porque tú estás conmigo,
tu bastón y tu vara me protegen.*

*Me sirves a la mesa
frente a mis adversarios,
con aceite perfumas mi cabeza
y rellenas mi copa.*

*Me acompaña
tu bondad y tu favor
mientras dura mi vida;
mi mansión será la casa del Señor
por largo, largo tiempo.*

Otra lectura

Ezequiel 34

"Yo mismo cuidaré de mis ovejas..."

Lázaro y los perros

(Lc 16, 19-26)

(Jesús dijo esta parábola:) Había un hombre rico que se vestía con ropa finísima y que cada día comía regiamente. Había también un pobre, llamado Lázaro, todo cubierto de llagas, que se tendía a la puerta del rico, y que sentía ganas de llenarse con lo que caía de la mesa del rico, y hasta los perros venían a lamerle las llagas. Pues bien, murió el pobre y fue llevado por los ángeles hasta el cielo cerca de Abraham. Murió también el rico y lo sepultaron.

Estando en el infierno, en medio de tormentos, el rico levanta los ojos y ve de lejos a Abraham y a Lázaro cerca de él. Entonces grita: "Padre Abraham, ten piedad de mí, y manda a Lázaro que se moje la punta de un dedo para que me refresque la lengua, porque estas llamas me atormentan."



Abraham respondió: "Hijo, acuérdate de que recibiste ya tus bienes durante la vida, lo mismo que Lázaro recibió males. Ahora él aquí encuentra consuelo y tú, en cambio, tormentos. Sepas que por estos lados se ha establecido un abismo entre ustedes y nosotros, para que los que quieran pasar de aquí para allá no puedan hacerlo, y que no atraviesen tampoco de allá hacia nosotros."

Humanidad y solidaridad

¿Quién no ha visto a personas sentadas en la calle con la mano tendida? Mano tendida...

En sí el gesto de tender una mano para recibir no es denigrante. Cualquier joven lo ha hecho toda su vida. Y lo hará mientras sea dependiente de alguien. Es normal recibir alimento y sustento. Todos en alguna etapa de nuestra vida somos indigentes: necesitados de todo y capaces de nada. Es cosa de pensar en el recién nacido que todos fuimos.

Lázaro no era un recién nacido. Había superado etapas, aunque no del todo, al parecer. Cosas de la vida, dirán algunos; mala suerte, pocas oportunidades, falta de ambición, dirán otros. Jesús en su parábola no nos dice por qué Lázaro vivía en esas condiciones. ¿Hace falta saberlo?

Siempre queremos saber la pequeña historia. Con un drama de los grandes hacemos

anécdotas. Antes de ayudar a alguien insistimos en saber por qué necesita ayuda. Olvidamos que cuando alguien se está ahogando, nadie averigua primero el por qué, el cómo, el cuándo se cayó al agua.

El rico de la parábola, con su opulento vivir, con su estómago lleno y su corazón vacío, había perdido la conciencia. Perder la conciencia de la condición humana, siendo uno mismo humano, no es un asunto menor. Ese rico es más pobre de humanidad que cualquier pobre de pan.

Tu riqueza no se mide por lo que te rodea, como vestimentas, comodidades, comida en abundancia. Tu riqueza la tienes en ti mismo. El rico de la parábola era en realidad pobre, muy pobre. Tanta era su limitación que no veía nada fuera de sí; no oía quejido ajeno; su mano sólo recogía, nunca ofrecía; su corazón sin compasión adoraba su propio estómago. Aquel rico tenía terribles limitaciones.

Jesús no lo presenta como a un hombre violento. Nunca se dice que expulsó a Lázaro de su propiedad, que le echó los perros, o nada parecido.

Los perros llegaron por su cuenta: perros amistosos. Si ese hombre llevaba también una vida de perro... Lamer las heridas, los canes lo hacen entre sí, es solidaridad.

No está de más subrayar que en la Biblia las alusiones a los perros son habitualmente peyorativas. Aún más elocuente es la frase de Jesús: *“hasta los perros venían a lamerle sus llagas.”* Lo que no hicieron aquel rico ni nadie de su círculo de amigos, lo hacen unos despreciados animales.

Jesús nos adelanta una pista sobre sus criterios de juicio. A aquel rico insensible el Señor lo deja en el infierno definitivo, mientras regalonea a Lázaro en las delicias del Paraíso. Categórico.



Ignorar a los necesitados, despreciar a los pobres, acarrea tremendas consecuencias. Es imprudente hacerse el distraído. A los pobres no basta con acogerlos cuando solicitan ayuda: hay que buscarlos. El hambre y la indigencia ofenden a Dios. Es muy arriesgado dejar morir a un hijo de Dios por ahí cerca.

***Una gota de agua
en la punta de un dedo:
indigencia total y... eterna.***

Tal vez pensarás que siendo aún joven no tienes responsabilidad en los abusos de poder, en las desigualdades de nuestra sociedad, en los dramas ajenos. *“Siempre tendrán pobres con ustedes...”* (Mt 26, 11). Pobres había antes de que nacieras y siempre los habrá. Así es la vida. Así pensaba aquel rico de la parábola.

Tú no hiciste a aquel pobre. Pero Dios lo pone en tu camino. Ahora es "tu" pobre, aunque sea por un momento.

Nuestro rico tenía su círculo de vida social: no veía más allá. Y esto también les pasa a no pocos jóvenes. En nuestras amistades somos selectivos. En nuestros grupos no invitamos ni acogemos a los que no tienen nuestra "onda". Tenemos criterios de admisión que son barreras: ropa de marca, códigos de lealtad, entretenimientos costosos. Todo ello nos protege de la cercanía de los que "no son como nosotros", que son menos que nosotros; que no nos merecen, según creemos.

¿Ves que el rico de la parábola se repite en muchas partes? Y Lázaro también. Los Lázaros tienen el estómago livianito. Se visten con unas ropitas que quizás tú y tus amigos no se pondrían. Ellos no pueden relatar los viajes que nunca hacen. Les duelen las vacaciones que nunca tienen, ésas que otros cuentan con tanto color. Cada vez que ven a otros disfrutar, ellos sienten con mayor fuerza y frustración su postergación. Y lo más probable es que esos otros ni siquiera lleguen a percibir este drama.



Al final, el peso de la holgura es más difícil de llevar que las penurias de Lázaro. Y si miramos para otro lado, para que ese hombre no nos amargue la vida, haríamos exactamente lo que hizo aquel rico anónimo. Entonces, habríamos renunciado a la humanidad: la misma humanidad que compartimos con todos los Lázaros.

Alguien es grande cuando otros caben en él. En el corazón de Dios cabemos todos. Ésa es la medida.

Para orar

Salmo 62 (61)

*En Dios solo descansa el alma mía,
de Él viene mi esperanza;
mi salvación, mi roca sólo es Él,
mi fortaleza: no he de vacilar.
En Dios está mi gloria y salvación,
la roca de mi fuerza.*

*En Dios me refugio,
siempre en Él confío la gente de mi pueblo;
ponga el corazón ante sus ojos,
Dios es nuestro refugio.*

*Son sólo un soplo los hijos de Adán,
el hombre, una mentira;
sí a pesar llegaran todos juntos,
ni un soplo pesarían.*

*No confíen tanto en la violencia
ustedes que se llenan de rapiña;
el corazón no apeguen a las riquezas
cuando se acrecienten.*

*Una vez Dios habló, dos veces lo oí;
"Que de Dios es la fuerza;
tuya, oh Señor, la gracia.
Tú pagas a los hombres
de acuerdo con sus obras".*

Otra lectura

Filip. 2, 1-11

"Jesús se humilló..."

Lobos con **piel de ovejas**

(Mt 7, 15)

Dijo Jesús a sus discípulos: "Tengan cuidado con los falsos profetas, que vienen a ustedes disfrazados de ovejas, cuando en realidad son lobos feroces."

Discernimiento y sentido común

¿Qué buena razón podrá tener Don Lobo para vestirse como una ovejita? ¿Qué hace un lobo con una oveja? Una oveja menos, simplemente.

Resulta difícil imaginar una alianza entre estos dos animales. Uno es alimento del otro. Nunca al revés.



Si el lobo aparenta ser ovejita, es para su propio beneficio, no como señal de amistad y camaradería. La piel de oveja que luce un lobo es la piel de una oveja sacrificada.

Jesús nos pone en alerta. Siendo que Él nos quiere ovejas, jamás lobos, nos invita a ser prudentes. Un seguidor de Jesús podría ser víctima, nunca victimario.

El lobo sabe que su presencia espanta naturalmente a las ovejas: su silueta, su sombra, su cercanía, su caminar, su voz, todo en él es repulsivo para el animal indefenso. La única forma de acercarse al rebaño es aparentar ser del rebaño. Así piensa él en su cabeza de lobo. Descabellado. Pero lo que no resulta en la naturaleza se hace realidad en el rebaño humano. Con su comparación Jesús nos lleva a mirar atentamente nuestra propia realidad. Somos ovejas. Cerca de nosotros, entre nosotros, merodean los lobos.

El verdadero lobo no alerta a las ovejas desde la distancia: se hace habitual en el paisaje. El lobo sagaz no se presenta como lobo.

En nuestra sociedad los lobos llegan a circular en medio del rebaño sin provocar espanto ni rechazo. Llegan a caerle simpáticos a nuestra gente. Hasta pensamos que el cuento del lobo es un cuento. El lobo no es malo, mira que te ofrece lo que más te gusta. Te dice lo que te gusta oír. ¡Profeta chueco, falso!

Curioso: él no imita tu voz. Tú terminas imitando la voz de él. Cantas lo que él canta;

bailas lo que él baila. Él no te exige nada: tú espontáneamente le das de todo. Le regalas tu tiempo, tus energías, tu mente subyugada. Increíble: él no viste como tú. Tú, oveja, llegas a vestirte como él.

***Para ovejas temerarias
basta un lobo tonto.***

El pastor se inquieta por esa extraña afición de sus ovejas a los gustos del peligroso lobo. Él sabe el riesgo que corren sus imprudentes ovejas. Pero ellas lo consideran a él como exagerado y anticuado. Conoces bien esta palabra: sirve para calificar y también descalificar a todos los que siguen pensando que una oveja es una oveja y un lobo es un lobo.

¿Qué ha pasado? Lo que no resulta entre los animales está produciendo efecto entre los humanos, supuestamente más inteligentes. Las ovejas humanas simpatizan con los lobos asesinos.

Siendo la oveja un animal de rebaño, es cosa de engañar al rebaño. Cada oveja entrega su propia autonomía, su libertad, su identidad. Todo se confunde: el vestir, el hablar, el estilo de vida, las entretenciones, los mismos vicios.

En sí las modas no son ni buenas ni malas. Es cosa de usar el criterio. Hay costumbres buenas y otras malas. El no discernir esto lleva a aberraciones. El no darse cuenta del disparate es o perversión o tontería.

Seguramente conoces las experiencias de algunos grupos juveniles. En el ámbito de una comunidad cristiana es típico que surjan actividades que aglutinan a los jóvenes: las hay de catequesis, de cultura humana, de animación pastoral, de servicio a la comunidad, de solidaridad, el Movimiento Scout. Da gusto esta exuberancia juvenil. ¡Cuidado! Tantas

ovejas muy tiernas atraen al lobo.

El lobo, falso profeta, se encarga de dispersar tan lindo rebaño. Entre ovejas comienza a escucharse

un discurso distinto: es bueno lo que estamos haciendo, pero no salvamos a nadie; nadie valora lo que estamos haciendo; estamos siempre en lo mismo y uno se aburre. Viene el desaliento. Luego aparecen las rivalidades entre personas y entre grupos. La alegría se pierde, la oración escasea, las defecciones se multiplican. Un pequeño escándalo es suficiente para rematar lo que queda en pie.

Historia repetida. Lección no aprendida.

El profeta auténtico alerta a todos cuando aparecen malas señales. Frente al desaliento no se deben bajar las exigencias. Jóvenes sin desafíos son viejos rendidos. Si la alegría se pierde, es que nos hemos alejado de Dios. Si hemos dejado la oración, hemos cortado la comunicación con Jesús, nuestro verdadero Pastor.

Un grupo cristiano, si deja de ser cristiano, es un grupo disponible para cualquier etiqueta.

Cuando ha logrado desparramar al rebaño, el lobo puede comerse todas las ovejitas que apetezca: una por una.



Para orar

Salmo 43 (42)

*Hazme justicia y defiende mi causa
del hombre sin piedad;
de la gente tramposa y depravada
líbrame, tú, Señor.*

*Si tú eres, oh mi Dios, mi fortaleza,
¿por qué me desamparas?,
¿por qué tengo que andar
tan afligido
por la opresión de mi rival?*

*Envíame tu luz y tu verdad:
que ellas sean mi guía
y a tu santa montaña me conduzcan,
al lugar donde habitas.*

*Al altar
del Señor
me acercaré,
al Dios
de mi alegría;
jubiloso con
arpas cantaré
a mi Dios,
al Señor.*

*¿Qué tienes,
alma mía, que te abate;
por qué gimes en mí?
Confía en Dios, que aún le cantaré
a mi Dios salvador.*

Otra lectura

Isaías, 65, 17-25

"El lobo pastará junto con el cordero".

Un mundo sin persecución, sin violencia, sin mentira.



Una oveja

en el barranco

20

(Mt 12, 11-14)



Jesús dijo: "Supongan que alguno de ustedes tiene una sola oveja. Si se le cae a un barranco en día sábado, ¿no irá a sacarla? ¿Y no vale mucho más un hombre que una oveja? Por lo tanto, está permitido hacer el bien en día sábado." Dijo entonces al enfermo: "Extiende la mano." La extendió y le quedó tan sana como la otra. Los fariseos entonces salieron, y se reunieron para ver la manera de acabar con él.

Libertad y benevolencia

Una vez más la oveja aparece en escena. Una vez más la oveja nos enseña. Mejor dicho: Jesús nos enseña con la oveja en la cátedra.

Pues bien el Señor nos lleva al borde de un precipicio. Ahí abajo una ovejita con sus balidos grita su desesperación. Se resbaló. Ahí está desamparada. Sin alimento, sin agua, quizás malherida.

¿Por qué se habrá alejado de su rebaño y descuidado tanto? ¿Cuál rebaño? Si esta ovejita es solitaria. Su amo, muy humilde, no tiene más que ésa. Y para colmo de infortunio, hoy es sábado, día sagrado. No se puede hacer nada por ella. Rescatarla sería un trabajo prohibido por la Ley de Dios. No, dicen los maestros de la Ley, en una emergencia como ésta se justifica la excepción. La oveja puede ser rescatada.

Ahora viene la lección del Maestro Jesús. Si esta oveja es capaz de torcer la rigidez de la ley sabática, ¿no habrá también alguna excepción que favorezca al ser humano? Y el *“Señor del Sábado”* (Mt 12, 8) procede a sanar milagrosamente a un hombre en pleno día de reposo.

Para Jesús éste no era un asunto menor. No se trataba de instituir una práctica más o suprimirla. Dios nos ha creado libres, y nos quiere libres. Todo aquello que daña nuestra libertad, comenzando con el mismo pecado, provoca la viva reacción de Dios. Jesús en este mundo viene a restablecer nuestra dignidad, nuestra calidad de hijos de Dios. Toda la Ley es para el hombre, a favor del hombre. Los Mandamientos de Dios son la defensa del hombre: no matar, no mentir, no robar, no dañar, no abusar... Todo podría resumirse en un solo mandamiento: no te aproveches de tu prójimo. Jesús lo dijo mejor: *“Amar a Dios y al prójimo es cumplir la Ley entera”* (Mt 22, 40; 7-12).



San Agustín llegó a decir: *"Ama y haz lo que quieras"*. Es decir: si tu corazón está lleno del amor a Dios y al prójimo, será imposible que optes por algo que Dios aborrece y que perjudica a otro. La maldad es hija del desamor, del egoísmo, de la soberbia, o sea, de la negación del otro.

***Una mente enredada en las normas...
una persona paralizada.
Ven, Señor Jesús.***

Para guiarnos en el respeto a la Ley de Dios, una Ley muy simple, los maestros de la Ley han establecido normas, reglamentos y directrices. Todo esto conduce a prácticas, imposiciones y prohibiciones. Y muchos se quedan en estas cosas, olvidando la Ley fundamental: "ama y respeta a los demás". Sabemos que Jesús

reprochó severamente a los fariseos esta interpretación de la moral (Mt 23, 23).

Algo similar es lo que ocurre con las normas del tránsito. La ley fundamental del tránsito de vehículos, una ley muy simple, es "conduce respetando la seguridad y la vida tuya y de los demás". Para que esto se respete y se cumpla, se han dictado las reglas del tránsito: no vires en segunda fila, no excedas la velocidad, cruza sólo con luz verde... Si un conductor, considerando sólo la regla, cruzara con luz verde y atropellara a conciencia a un peatón desprevenido, lo habría atropellado "legalmente", pero no podríamos decir que habría cumplido con la ley fundamental del tránsito.

El Mandamiento de Dios que te prohíbe matar, protege tu propia vida; la ley de no mentir, te salva de ser víctima de cualquier fraude o engaño. Dios manda a todos los hombres de este mundo a que tengan un respeto total para ti. Cuando encuentras exagerada la voluntad de Dios en tu vida, estás pidiendo que se reduzca tu propio resguardo. En virtud de su Ley, el Señor cobrará a todo quien se atreva injustamente contigo.

Puedes comprender cómo se sentía Jesús frente a personas que usaban la Ley de Dios contra el hombre mismo. Una interpretación abusiva puede destruir el espíritu de la Ley y presenta a Dios como el déspota que no es.

Generalmente un joven no será propenso a exagerar el alcance de las normas: ni en sus momentos de mayor compromiso. En cambio a veces rondará por su cabeza la idea de "ablandar" la Ley. A su favor, por supuesto. Protestará por ser víctima de injusticia; y justificará su propia injusticia. Quiere que en todas sus vueltas por la ciudad la luz de los semáforos siempre se le ponga verde, y sólo por ser él.

Este mundo tiene su orden: desde lo cósmico hasta lo microscópico. Éste es el mundo de Dios, puesto a nuestra disposición: pero mundo de Dios. Como el paraíso terrenal. El hombre disfrutaba de él, pero Dios estableció la Ley. El no respetar la norma fue nuestra perdición. Dios no hizo la vista gorda. Tampoco hoy.

Los fariseos quisieron tergiversar la Ley para ajustarla a sus conveniencias. Jesús no lo aguantó: Él pensaba en nosotros y nos protegía.

Actualmente muchos quisieran declarar obsoleta una Ley tan antigua como el hombre mismo. Jesús no se lo aguanta a ellos tampoco. "Ley antigua" no es lo mismo que "ley anticuada". *"Más fácilmente pasarán el Cielo y la tierra antes que caiga al suelo una sola letra de la Ley"* (Lc 16, 17). Dios es eterno e inmutable. Nosotros somos temporales y temperamentales. Él sigue pensando en nosotros y nos protege... hasta de nosotros mismos.

Cuando la torpeza humana haya eliminado los criterios de convivencia establecidos por Dios, apostamos a que sean jóvenes como tú los que recuperarán la sensatez.

Ya sabes que los semáforos no funcionan sólo con el color verde.



Para orar

Salmo 119 (118)

*Felices los que sin mancha
caminan en la Ley del Señor.
Felices los que guardan
sus mandamientos
y buscan a Dios con todo el corazón;
los que nunca cometen maldades,
sino que van por el camino recto.
Señor, nos diste tus mandamientos
para que los cumplamos puntualmente.
Ojalá que mi andar sea recto
y guarde tus mandatos.
¿Cómo conservará pura su vida el joven?
Guardando tus palabras.*

*Te busco de todo corazón,
no permitas que me desvíe
de tus mandamientos.
Soy un peregrino sobre la tierra:
no me ocultes tu voluntad.
Librame de los que me
insultan y desprecian,
porque obedezco tus mandatos.
Apártame del camino extraviado
y concédeme la gracia
de seguir tu Ley.
Yo he elegido el camino verdadero
y tengo tu Ley presente ante mis ojos.*

*Cuando me ensanches el corazón,
correré por el camino de tus
mandamientos.
Señor, enséñame el camino
de tus mandamientos,
que yo lo seguiré hasta el fin.
Iba errante como oveja perdida:
ven en busca de tu siervo,
porque en verdad, Señor,
no olvidé nunca tus mandatos.*

Otra lectura

Rom. 8, 15-27

"Compartir la libertad y la gloria de los hijos de Dios".

Animales en **21** **el templo**

(Mt. 21, 12-14)

Jesús entró al Templo y echó fuera a todos los que vendían y compraban en los patios. Derribó las mesas de los que cambiaban monedas, lo mismo que los puestos de los vendedores de palomas, y les declaró: "Dios dice en la Escritura: Mi casa será llamada Casa de Oración. Pero ustedes la han convertido en cueva de ladrones." También se le presentaron en el Templo ciegos y cojos, y Jesús los sanó.

Sentido de lo sagrado

El Templo de Jerusalén no era un templo cualquiera. No era uno de tantos. Era "el" Templo. Ese santuario era el único en todo el mundo consagrado al culto del Dios vivo.

Para los judíos era un orgullo nacional. Como signo religioso era el lugar único donde el Dios único se hacía presente en medio del único pueblo elegido.

Era una construcción imponente cuyo centro, el "Santo de los Santos", resguardado de las miradas por una gran cortina, nunca se abría para el pueblo. Sólo el Sumo Sacerdote entraba para cumplir sus funciones rituales en ciertas ocasiones. En un espacio más amplio se reunía el pueblo judío para las ceremonias, oraciones y sacrificios. Más afuera, separado por columnas, un inmenso patio acogía a personas de todo pueblo y nación.

La Ley de Israel prescribía a todo judío, por lo menos una vez al año, peregrinar a este centro religioso. Ésa era la ocasión para pagar su impuesto al culto y ofrecer algún animal en sacrificio ritual.

A los peregrinos les convenía contar con ese mercado local para adquirir las víctimas legales. El problema es que desde las plazas y calles adyacentes las ofertas invadieron las áreas internas del lugar santo. ¿Por qué no?, deben haber pensado los comerciantes. Si todos estos animales están destinados a morir en el mismo altar del santuario.

Para comprender lo ilógico de todo esto, imagina algo muy sencillo: te compras una vaquilla para un próximo asado y antes de tenerla en tu mesa, la guardas y engordas en la sala principal de tu casa...

¿Podemos suponer los pensamientos y los sentimientos de Jesús? Siendo Dios, Él mira toda realidad en su verdad y en su mentira, en su rectitud y en su desviación. Como hombre, Jesús no comienza a divagar, a contradecirse. Él es la Verdad misma: toda realidad humana tiene en Él su justa medición y corrección.

***Todos habían visto
a los animales en el Templo.
Sólo Jesús reaccionó.***

La mayoría no siempre interpreta a Dios.

Debemos encontrar bueno lo que Él aprueba y rectificar en nosotros lo que no se parece a Él. Lo correcto es pensar como Él, sentir como Él, hablar como Él, aunque como primera reacción nos parezca exagerado.

Sobre temas técnicos podemos acertar. En cambio al tratar áreas que involucran nuestra propia persona es muy fácil desviarnos. Nos dejamos influir por nuestra sensibilidad y afectividad. Perdemos la objetividad cuando nuestros intereses o gustos están en juego. O sea, nos cuesta ser veraces y justos. Será bueno lo que nos conviene y malo lo que nos disgusta. Pasamos a ser nosotros mismos el criterio de la verdad. Y esto sólo Jesús lo es.

Volvamos al templo invadido por el mercado. Las autoridades judías habían permitido esta situación, porque les convenía personalmente.



Como orientadores del Pueblo de Dios debían haber acertado en esta materia. Pero en ellos no estaba la verdad. Y confundieron a todos los demás. El único correcto en esa situación fue Jesús.

Él no soporta esta burla a la majestad de Dios. Si el Templo de Jerusalén es el signo material de la presencia de Dios en medio de su Pueblo, este lugar no puede ser tratado vulgarmente: no debe ser profanado.

Uno sería muy atrevido si pensara que aquel día Jesús se levantó de malhumor, perdió la serenidad y armó un escándalo. Esto lo hacemos nosotros, no Él. Su actuar es medido. A los mercaderes, a las autoridades que les permitieron estar ahí, a todos nosotros, el Maestro nos recuerda y enseña que a Dios no lo podemos engañar, a Dios no lo obligamos a estar de acuerdo con nuestros gustos y conveniencias. Es más, si nos olvidamos de Dios, no lo hacemos desaparecer. Dios no existe porque tú y yo lo queramos. Dios no es un ente que mantenemos vivo porque se lo permitimos. Es exactamente al revés.

Obviamente el reproche de Jesús fue directamente a los irresponsables del pueblo judío; también a los aprovechadores de la coyuntura.

Jesús no tiene nada contra los animales. Ellos no tienen ni la sombra de una falta. Un animal nunca comete pecado. Un animal nunca ofende a Dios. El creador no los hizo capaces de ello, al negarles la libertad. Jesús no vino a salvarlos, no hacía falta. Y Él se lleva bien con ellos, son parte de este mundo maravilloso que Él, como Dios, invitó a la existencia. Sin quererlo, ellos fueron testigos de su humilde nacimiento. Sin proponérselo, ellos nos traen profundas enseñanzas del Maestro.

Si los animales estaban en el Templo y lo ensuciaban, la culpa era de los hombres. Esa vez, como en todo el recorrido humano, la creación fue utilizada y desviada de su finalidad por la corrupción del ser humano pecador. San Pablo tiene unas líneas admirables sobre este punto (Rom 8, 18-25).

Quien tiene el sentido de Dios proyecta sobre nuestras realidades una mirada distinta a la del común de la gente. ¿Quién piensa hoy en día que la tierra es el centro del universo y que el sol gira en torno a ella? En nuestra civilización tan ilustrada muchos creen todavía que los hombres y las mujeres (tú y yo) somos el centro y que Dios gira en torno a nosotros.

Eso sí, somos más que seres en órbita alrededor de Dios. Otra vez el mismo Apóstol Pablo nos muestra una perspectiva fascinante. Nosotros mismos somos templos de Dios (I Cor 6, 19; II Cor 6, 16). Tú y yo somos un sagrado santuario en el que Dios se complace en habitar. Si Jesús defiende con tanto vigor la dignidad de un edificio de piedras, podemos imaginar el respeto que se merece uno vivo. Y ¿qué no haría Él para sacar de ese maravilloso templo que somos nosotros todo cuanto lo afea y lo profana?

Por último, nos ayuda a comprender aún mejor la indignación de Jesús una frase que Él había dicho: *“Ustedes no pueden servir al mismo tiempo a Dios y al dios dinero”* (Lc 16, 13). Pues bien, poco a poco, paso a paso, el dios dinero se había instalado en el mismo templo del Dios vivo. De la mano de Jesús, Dios recuperó lo suyo.

Luego Jesús sanó a ciegos y cojos, que siempre son tantos... ¿Ves que el Maestro no había perdido el control de sí mismo? Ahora con toda serenidad está reparando los templos vivos dañados.



Para orar

Salmo 122 (121)

*Me puse alegre cuando me dijeron:
"Iremos a la casa del Señor."
Ahora nuestros pasos se detienen,
Jerusalén, delante de tus puertas.
Jerusalén ha sido edificada
cual ciudad
que forma un buen conjunto.
Allá suben las tribus,
las tribus del Señor,
a alabar, como es ley en Israel,
el Nombre del Señor.
Allí es donde están
la justicia y la casa de David.
Para Jerusalén pidan la paz:
"¡Que disfruten de paz tus moradores!*

*¡Que la tranquilidad
reine en tus muros
y dentro de tus fuertes!"
Por el amor que tengo
a mis hermanos
y a mis amigos, déjenme decir:
"Que vivas siempre en paz."
Por la casa del Señor, nuestro Dios,
te deseo pura felicidad.*

Otras lecturas

Salmo 99 (98)

"Ensalcen al Señor y póstrense ante la tarima de sus pies, porque Él es Santo."

I Corintios, 6, 12-20; II Corintios 6, 14-18

"¿No saben que ustedes son Templo de Dios?"

Cordero

de Dios (Jn 1, 29-36)

22



Juan (el Bautista) vio a Jesús que le venía al encuentro y exclamó: "Ahí viene el Cordero de Dios, el que carga con el pecado del mundo. De él yo decía: Detrás de mí viene un hombre que ya existía antes que yo. Yo no lo conocía; pero mi misión y mi bautismo con agua eran para él, para que él se diera a conocer a Israel."

Y Juan dio este testimonio: "He visto al Espíritu bajar del cielo como paloma y quedarse sobre él. Yo no lo conocía, pero Dios, que me envió a bautizar con agua, me dijo también: Verás al Espíritu bajar sobre aquel que ha de bautizar con el Espíritu Santo, y se quedará en él. ¡Y yo lo he visto! Por eso puedo decir que éste es el Elegido de Dios."

Al día siguiente, de nuevo estaba allí Juan con dos de sus discípulos. Al ver que Jesús iba pasando, dijo: "Ése es el Cordero de Dios."

Discípulo y amigo

A los hombres les gusta identificarse con los animales. ¿Tendrán éstos la misma inclinación hacia nosotros? Países y pueblos eligen una figura animal como emblema. También lo hacen instituciones, clubes deportivos y otros. Así aparecen leones, águilas, gallos y muchas bestias impresionantes por su fuerza y destreza o simplemente por su fina estampa.

El Señor de Cielos y tierra, al compartir nuestra vida peregrina, quiso ser reconocido como...cordero. No súper cordero, sólo cordero.

Y esto no fue para recordar un momento especial de su vida, algo anecdótico. Se había anunciado como cordero, aceptó ser tratado como

cordero de matadero y quedó como Cordero inmolado. O sea, vino para ser cordero.

No debemos asociar la imagen de cordero con un tierno animalito de peluche, adorno y juguete. Hablemos de un animal víctima, sacrificado, degollado.

Desde los lejanos siglos, en el amanecer del Pueblo Elegido, aparece la imagen del cordero inmolado, cuya sangre salva a los Hebreos de la muerte y de la esclavitud de Egipto (Ex 12).

El Profeta Isaías evoca al Mesías como *"cordero llevado al matadero"* (Is 53, 7). El conjunto de las profecías mesiánicas nos presentan a un hombre víctima, capaz de hacerse cargo de la recuperación del género humano.

María no se confundió, cuando el Ángel Gabriel le dijo que su hijo debía llamarse “Jesús”, esto es “Dios salva” (Lc 1, 31). Ella comprendió que “ése” era el Mesías Salvador esperado. Y sabía también que el Mesías Salvador era la víctima del mundo: el cordero del sacrificio.

Después de siglos y sacrificios de innumerables corderos, Dios quiere el verdadero sacrificio que reconcilie al mundo con Él. Tantos corderos fueron el anuncio de un Cordero. Jesús es la víctima perfecta. Al morir por nosotros se perfila como “el cordero de Dios” y su sangre nos salva.

¿Cómo explicar que los que sabían de tales profecías, y que estaban pendientes de su cumplimiento, no hayan atinado a reconocerlo? Precisamente por desconocerlo, hicieron a Jesús “Cordero Inmolado”. Cumplieron la promesa de Dios.

El Señor mismo nunca se autoproclamó “Cordero de Dios”. El

apodo le fue puesto por Juan el Bautista, junto al Jordán. En clave, el Precursor lo pregonó como Mesías.

Jesús no es una buena persona que llegó al mundo con ciertas cualidades y que al conocer la esperanza de su pueblo de un salvador se haya propuesto cumplir la tarea. Jesús no se hizo Mesías. Jesús nació como Mesías en cumplimiento de la promesa de Dios.

Jesús es el don de Dios a la tierra: es el gran regalo del amor de Dios por la humanidad. Jesús es el Hijo de Dios; es Dios mismo. No hay, y no puede haber, otro igual. Ni antes, ni nunca.



**Nosotros vemos
cien corderos,
mil palomas...
Juan vio una paloma
y reconoció a Jesús,
Cordero de Dios.**

Nuestra referencia al Señor Jesús no es una alternativa entre muchas. Como joven tendrás amistades, compañeros de estudio o de trabajo, maestros de música, de ciencias, de deporte, de idiomas, de cuantas actividades humanas podamos imaginar. Cualquier persona con la adecuada preparación puede enseñarte cosas de este mundo. El único que te puede guiar y llevar al otro mundo, a la vida eterna, es Jesús. *"Yo soy el camino"* (Jn 14, 6), dijo Él. No un camino.

Si para los asuntos importantes de esta vida no confías en un despistado, menos te podrías entregar a un inepto para asegurar tu eternidad.

El Apóstol Juan al fin de su vida tuvo grandes revelaciones que él escribió en el último libro de la Biblia. Numerosas veces nos habla del Señor Jesús en su gloria como del *"Cordero"*, el *"Cordero Degollado"* y vivo.

Esta visión nos debe acompañar a lo largo de todo nuestro recorrido. La esperanza nuestra no se funda en nuestras capacidades, como



son inteligencia, empeño, méritos, buena voluntad. Lo que Jesús nos promete no se consigue con ningún esfuerzo humano. Nuestra esperanza está en ese *"Cordero de Dios"* inmolado por nosotros. Eso sí, junto con la Sangre del Cordero, cobran mucho valor nuestros sudores de generosidad, nuestras lágrimas de conversión, nuestra propia sangre de sacrificio.

Siempre que mires a Jesús en su humilde vida mortal, imagínalo también en su gloria. Siempre que lo veas sufriendo por nosotros, piensa en su Resurrección. Siempre que lo contemples en su gloria celestial, acuérdate de lo que sufrió entre nosotros, por nosotros, para nosotros.

Pase lo que pase en tu vida, nunca dejes de buscar y mirar al *"Cordero de Dios"*.

Para orar

Apoc 11, 17-18

*Te damos gracias, Señor,
Dios todopoderoso,
que eres y que eras,
por haber empezado a reinar,
valiéndote de tu poder invencible.*

*Las naciones se habían enfurecido,
pero llegó tu enojo,
el momento de juzgar a los muertos,
de premiar a tus siervos los profetas,
a tus santos y a cuantos honran tu Nombre,
ya sean grandes o pequeños,
y de destruir a los que destruían la tierra.*



Otra lectura

Apoc 5, 6-14: "Digno es el Cordero..."

A modo de **conclusión**

Estamos de vuelta de nuestro recorrido por el paraíso terrenal.

Como Adán, partimos dándole nombre a cada animal. Regresamos algo pensativos. Estos animales que no hablan resultan muy expresivos y elocuentes. Si nosotros les decimos cómo se llaman, ellos nos dicen quiénes somos.

Los humanos no podemos vivir en este mundo sin la presencia de tantas criaturas. Toda nuestra vida depende de ellas. En alguna forma somos también parte de su gran comunidad. Ahora sabemos también que la gran revelación, la última Palabra de Dios a la humanidad, está maravillosamente ligada a su figura y a su comportamiento.

Mientras el gallo pregona nuestras debilidades, la gallina es tierna imagen del amor de Jesús por nosotros. Detrás de toda oveja o cordero se perfila hasta el fin del mundo la silueta de un Buen Pastor ensangrentado. Sabemos que ninguna avecita del cielo está abandonada por el Padre de Jesús. Menos nosotros.

Todas esas criaturas de Dios son nuestras escoltas desde el paraíso terrenal hasta nuestra entrada al paraíso celestial.

El autor



World Organization of the Scout Movement
Organización Mundial del Movimiento Scout



Oficina Scout Interamericana

Av. Lyon 1085
Providencia
Santiago, Chile

tel. (56 2) 225 75 61
fax (56 2) 225 65 51
wscout@interamerica.scout.org
www.scout.org/interamerica



CICE - Región América

Cerro Largo 1000
C.P. 11100
Casilla Correo 1027
Montevideo, Uruguay

tel. (5982) 90 52 41
fax (5982) 92 11 03
jmms@adinet.com.uy
www.cics.org



Fundación MUNDO IDEAL

Pedro Mira 420
San Joaquín
Santiago, Chile

tel. (56 2) 552 22 87
fax (56 2) 518 66 42
directorio@fundacionmundoideal.cl
www.fundacionmundoideal.cl

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser traducida o adaptada a ningún idioma, como tampoco puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, incluyendo las fotografías y el diseño de las cubiertas, sin permiso previo y por escrito de la Oficina Scout Mundial, Región Interamericana, que representa a los titulares de la propiedad intelectual.

Registro de Propiedad Intelectual: 155.407
ISBN: 956-8057-16-1

Esta primera edición de 3.000 ejemplares se terminó de imprimir en junio de 2006.

Autor

Guido Blanchette B., O.M.I.

Fotografías

Jesús Inostroza.

Diseño y Producción

Maritza Pelz

Edición Electrónica e Impresión

Imprenta Salesianos S.A.

Edición

Gerardo González



World Organization of the Scout Movement
Organización Mundial del Movimiento Scout



EDICIONES



SCOUTS

Fundación MUNDO IDEAL
CICE-Región América
Organización Mundial del Movimiento Scout
Región Interamericana